

de la caridad y de la paz; sobre unas almas que perseveran unánimes en la oracion; sobre unas almas que unen la humilde confianza á la oracion continua, no puede ménos de bajar aquel espíritu que es todo amor, fuego vivo, caridad ardiente y consuelo de los humildes.

## SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

### LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

*Quomodo sedet sola civitas plena populo?*

¿Cómo se halla solitaria la ciudad populosa?

(JEREMÍE: *Lamentation*, cap. I, vers. 1.)

Cuando un pueblo, en cuyo recinto no se oía más que el dulce acento de la cítara y el arpa, se ve condenado por un inesperado revés á vestirse de luto y suspender sus laudes; cuando una ciudad populosa, compuesta de palacios de alabastro, en vez de magníficas torres y de preciosos obeliscos, no presenta más que un monton de ruinas, donde confusamente yacen mezclados los monumentos del arte con los cadáveres humanos; cuando una juventud hermosa y lozana, que era la esperanza de la pátria, ha sido envuelta en un momento entre las furias de los elementos, que á fuerza de embates ha destruido las habitaciones construidas por la necesidad y el lujo; cuando, al movimiento continuo y al ruido de una ciudad animada y feliz, ha sucedido el terror pánico, el silencio del sepulcro; cuando todo esto acontece, el espectador de tanta calamidad, que fuera testigo de la antigua grandeza y de la actual depresion, de la pasada alegría y de la actual tristeza, de las galas del día de gozo y del saco del aid de llanto, por más que haya visto con sus propios ojos

el excidio y sus causantes; por más que quiera reflexionar con profunda sabiduría en los acontecimientos, cree que aquéllo es más una vision que una realidad, más una representación fantástica que un hecho positivo. ¡Ay! Al contemplar que en aquellas calles, donde vivian los objetos más tiernos de su corazón, no hay más que sombras de muerte; al pensar que los magníficos palacios no son más que un conjunto de sepulcros; al ver que tanto amigo que pocos momentos ántes aún le decian palabras tiernas, no son ahora más que cuerpos exánimes hacinados entre la gran pira, cuyas llamas consumen hasta las imágenes del antiguo bien, que ya no existe, no puede ménos de levantar sus pensamientos al cielo, y decir todo turbado: «¿Cómo ha podido suceder un fracaso tan horrendo? ¿Cómo está tan silenciosa la ciudad, donde resonára siempre la sinfonía y el órgano? ¿Cómo han podido caer aquellas suntuosas moradas que elevaban al cielo sus torres, disputando á las nubes su imperio, y al tiempo su duracion?»

*Quomodo sedet sola civitas plena populo?*

Semejante impresion causára en el elevado pensamiento de un antiguo Profeta el triste cuadro de la arruinada metrópoli de los reyes de Judá. «¿Cómo ha podido suceder esto? decia en su estupor. Aquella que en otros tiempos sujetó bajo su dominio á los amonitas y árabes, á los moabitas y asirios, ¿ha tenido que pagar tributo al impío Achaz y á los incircuncisos hijos del Aquilon, á los egipcios y á los caldeos, quedando al fin desierta, arruinada, incendiado su templo, encadenado su Rey, esclavizados sus hijos, perdidos sus príncipes, acabados sus grandes, exterminados sus sacerdotes, y tiranizado todo el pueblo? ¿Qué se han hecho aquellos caminos de Sion por donde subian los pueblos alegres, por donde iban cantando las vírgenes al son del arpa? ¿Dónde están aquellas puertas soberbias, llenas de glorias y trofeos? ¿Dónde aquellos sacerdotes venerandos, dónde aquellos

sábios, dónde aquellos guerreros? ¿Es posible que todo se haya concluido tan mágicamente?» *Quomodo sedet sola civitas plena populo?*

Así tambien se impresiona mi espíritu cuando, en las alas de la fé, da un vuelo y se coloca en la cima del Gólgota para examinar lo que ha pasado en su superficie, que humea con la sangre de Jesus recientemente derramada. Con el auxilio de los opacos destellos de las estrellas, me acerco á aquel santo lugar, que pocas horas ántes se ha visto oprimido con innumerables piés; pero ántes sus breñas, sus cerros y hondonadas resonaban con ecos varios y tumultuosos. Todo está en silencio: horas ántes estacionaban las cohortes romanas, custodiando á un reo y conteniendo al pueblo enfurecido: nada de esto veo, y en cambio de tanta muchedumbre, de tanto tumulto y de tanta espada, no apercibo, en medio de las tinieblas, más que los signos de un suplicio. Por más que quiera aventurarme á examinar las causas de una muerte tan injusta, no puedo detenerme en ellas. En vano pretendo ir al próximo sitio donde existe un mausoleo, custodiado por las guardias romanas, y en cuyo cóncavo y tenebroso seno se encuentran los restos del supliciado. En vano quisiera entrar en Jerusalem á examinar las impresiones que ha causado la muerte de Jesus en el corazón de sus enemigos: en semejantes momentos no puedo apartar mi pensamiento de un sér que me lo roba casi para él solo; lo contemplo allá retirado en un aposento sombrío, entregado á las más crueles reminiscencias, envuelto no sólo entre las pavorosas tinieblas nocturnas, sino entre mil ideas lúgubres que asaltan sin piedad su triste corazón. Este sér es María, la Madre de aquel Justo que ha muerto en la Cruz. La veo, la contemplo, y no puedo ménos de exprimir los sentimientos de mi corazón con mil suspiros, y regar mis mejillas con abundantes lágrimas. ¡Ah! digo: ¿eres Tú acaso aquella mujer más que

feliz que dos dias há oías las dulces palabras de tu Hijo y te extasiabas en ellas? ¿Eres Tú aquella mujer aclamada entre la muchedumbre por Bienaventurada? ¿Cómo ha desaparecido una dicha tan grande? ¿Cómo has quedado tan sola, Tú que eras la populosa ciudad de Sion? *Quomodo sedet sola civitas, etc.?*

¡Ah! La soledad de María en la muerte de Jesus no es un objeto mensurable con el cálculo, sino con la fé; es un desamparo cual no ha habido ni pudiera haber jamás en el mundo, y con el cual no guarda término de comparacion ninguno de esos azares inventados por la imaginacion para excitar en ocasiones toda la sensibilidad de los hombres. Voy á procurar poner á vuestra vista esta extremada soledad, ó digamos esta desgracia casi infinita, pues no podia ésta ser menor en María despues de haber perdido ésta á su Hijo, objeto infinito de toda su felicidad. Para hacerlo con acierto, arrojémonos con humildad ante el sagrado madero, que ha sido el trono del Dios paciente, y causado al mismo tiempo nuestra dicha y el desamparo de María.

*O Crua! Ave, spes unica, etc.*

#### PARTE ÚNICA.

Hay desgracias en el mundo cuyo enorme peso no es conocido sino por la propia experiencia. En vano el aca-lorado poeta se traslada á un panteon, y, con sus miradas fijas en los sarcófagos, querrá impresionar fuertemente su espíritu con la presencia de aquellos objetos lúgubres. Para hacer despues una descripcion patética del silencio del sepulcro, del pavor de la muerte y el horror de la soledad, si entre las tumbas que le rodean no hay una cuyos despojos fueran animados por un sér con quien tuviera simpatías de amor y de sangre, jamás llegará á apreciar dignamente lo que es la soledad y el desamparo

que padece el espíritu humano cuando se ve privado para siempre de un amigo ó de un hermano, cuando contempla entre la lóbrega morada del sepulcro al que con su presencia alegraba el corazon. No basta en semejantes ocasiones el entendimiento con todas sus fuerzas; es preciso que el corazon hable con todas sus sensaciones; razon por qué os dije que no era suficiente el cálculo para comprender la triste soledad de María, pues sólo podremos rastrearla con las sublimes miradas de la fé; porque sólo esta virtud tiene poder para acortar las distancias, trasladando el espíritu al mismo teatro de los sucesos, para verlos con toda la realidad; sólo esta virtud hace que nos despojemos en cierto modo de nuestra propia persona y nos revistamos de la ajena, entrando á participar sus sensaciones, apropiándonos sus desgracias ó sus dichas, y gozando ó sufriendo en nuestro interior á medida que nuestro entendimiento repasa las escenas.

Si os hallais animados de esta virtud divina, venid en pos de mí, pues por unos instantes quiero contemplar cuanto ocurre en la pavorosa noche que ha sucedido al dia de la muerte de Jesus. Estamos en Jerusalem. ¡Qué silencio! El pueblo, fatigado del viaje al Calvario, se halla entregado al más profundo reposo; los pontífices, gloriosos con la gran hazaña que acabáran aquel dia, se congratulan por haber dado fin á la existencia de Aquel que los reprendia. Todo está en quietud: medrosos y llenos de espanto se empiezan á reunir algunos discípulos, y aprovechándose del silencio nocturno, encaminan sus pasos hácia la habitacion de la Madre desventurada. Quisieran éstos consolarla en su desgracia; pero no es posible; esta noche es aquélla lúgubre y espantosa que viera Jeremías, en que la hija de Sion debia llorar con acento inconsolable la pérdida de su amado, sin que hubiese uno sólo de sus amigos que pudiese consolarla; ántes, sí, la atravesaria con nueva espada de afliccion con su presen-

cia y palabras. Llegan: no hay uno que no quiera arrojarse á los piés de la Madre para pedirla perdon de haber sido infiel á su Maestro, de haber huido con cobardía y de haberse contentado con estar mirando á lo léjos el suplicio de su Hijo: y cuando quieren portarse con ella como hijos amorosos, son, á pesar suyo, lo que fueran con el solitario Job sus antiguos amigos. Cada discípulo que llega es causa de un nuevo vuelco para el corazon de la Madre, que nada entre hinchadas olas de amargura, compenetrado de ellas más que la esponja arrojada al profundo del mar. Se halla ésta desconsolada, con su entendimiento y corazon, en el sepulcro de su Amado, y nada es capaz de distraerla de aquel lugar, como nos sucede á nosotros cuando acabamos de sacar de nuestro hogar al padre, á la madre, al hermano que adorábamos. En aquellos momentos no hay fuerza alguna humana que sea capaz de arrancar de nuestro espíritu una imágen que en él, como en terso espejo, se representa; en vano queremos disiparla nosotros mismos: esta imágen revive sin cesar, y sin causarnos el horror de un espectro, nos ocasiona todo el dolor y toda la afliccion de una muerte que llega con lentitud. Esta imágen, que nos deleita y atormenta, que nos alimenta y devora, que nutre nuestro espíritu y lo consume, es la imágen del objeto amado, que no existe ya para nosotros. Pensar en él es al mismo tiempo un consuelo y una afliccion. Si esta imágen se va de nuestro espíritu, la seguimos como á sombra que huye; si vuelve hácia nosotros, nos entra un nuevo espanto y un terror pánico. Tales son nuestras agonías cuando, despues de haber gozado largo tiempo de un objeto amado con intension, nos encontramos de repente sin él por haberlo arrebatado la muerte.

Esta misma es la situacion de la desconsolada María en su amargura y soledad. La imágen de su Hijo la persigue; la representacion de las grandezas pasadas la cau-

san nuevas amarguras, y el anonadamiento que ha sucedido á tanta dicha, siembra alrededor de María otra diferencia que la de tener Ella una alma más elevada, un entendimiento más penetrante, un corazon más sensible. Por lo demás, se vió en aquella triste noche acometida por todas partes de las más tristes ideas, y sin más consuelo que el dar rienda suelta á sus lágrimas, que, cual cristalino torrente, surcaban sus palidecidas mejillas. Diré mejor; pondré las cosas en su verdadero punto de vista; habia entre las ideas de María, entre sus sensaciones y las nuestras, una diferencia infinita, no tanto por la perfeccion culminosa de su espíritu, cuanto por el objeto que las causaba, y á donde tendian como á su único centro. ¡Ay! ¡Qué diferencia no debe haber entre las sensaciones causadas por la muerte de un hijo, que no pasa de ser más que un hombre, y las que debió causar la de uno que era Dios! ¡Qué diferentes son las ideas que se elevan en un espíritu herido con el pecado, de las que surgen en otro que es más puro y terso que mil soles! ¡Con cuánta mayor viveza se representará en la imaginacion la imágen de un objeto que ha sido el centro único de todas las operaciones, que aquel que no fuera más que secundario! ¡Ah! ¿Qué sucede al hombre? Su espíritu se derrama en todos los objetos, pensando igualmente en los que ama y en los que no ama, sin fijar jamás sus ideas en uno sólo, hasta el momento en que, sobreviniendo una desgracia al objeto amado, centraliza en él todas sus ideas, siguiéndole, no sólo en el lecho de muerte, sino en el ataúd y en la tumba. Esto, esto es cuanto acaece al hombre. Por más que esté abrasado su corazon en el amor de otra persona, no puede tener siempre puesto en ella su pensamiento, por impedirselo la volubilidad natural de nuestra alma, que, semejante á la abeja, vuela sin cesar de una flor á otra, sin detenerse en ellas sino momentáneamente y de paso. Y por una necesaria consecuencia, cuando llega á faltarnos

un objeto amado, nunca podemos representárnosle con toda la viveza, por no haber sido él el único á quien hemos aficionado.

Pero en María, señores, no sucede así. Por espacio de treinta y tres años no ha tenido más que un objeto y un pensamiento: ha vivido entre los hombres como si éstos no existieran. La hermosura de los cielos y de la tierra, la grandeza de esta máquina admirable del mundo, no han podido encantar, ni aún detener por un sólo momento, á la que estaba siempre extasiada en la contemplacion y vista del que es origen de toda grandeza y hermosura. Mas ¡qué vacío tan inmenso! ¡Qué soledad tan espantosa! ¡Qué ideas tan aterradoras! Este objeto era Jesus, y Jesus ya no existe. Antes era para María un vasto océano de luz que la bañaba por todas partes y la beatificaba; ahora es un horizonte sin límites, cubierto de densas tinieblas, donde no apercibe ni el débil reflejo del sol que ha trasmontado al otro hemisferio, ni los opacos destellos de las estrellas. Antes era Jesus la idea que perennemente alegraba su corazon; ahora no le sirve sino de tormento y amargura.

Como si esta Virgen prudentísima no hubiese apreciado jamás con detencion todas las grandezas de su Hijo; como si, á la manera de los otros hombres, no hubiera conocido el bien sino despues de haberlo perdido, se agolpan en su espíritu todas las excelencias de su adorado Jesus. Todas las maravillas que ella viera, todas las promesas divinas, cuantos milagros hiciera, cuantos homenajes recibiera del cielo y de la tierra, de los ángeles, de los hombres y hasta de los espíritus malignos, todo asalta al corazon de María, impresionándolo como si por primera vez tuviera estas sensaciones. Está rodeada de las tinieblas de la noche, y su espíritu la trasporta á los resplandores de la noche de Belen, á las músicas angélicas, á las adoraciones de los pastores y de los sábios;

de allí vuela al templo, y oye al profeta Simeon consagrando con un himno la memoria de su Hijo como redentor y gloria del mundo: de aquí va al Tabor, y lo ve cubierto de majestad entre los más venerables testigos de la humana prosapia. En una parte lo ve rodeado de millares de hombres que están extáticos oyendo su voz; en otra lo mira poniendo su mano sobre los elementos y conteniendo sus iras. Aquí arroja los demonios y sana paralíticos y resucita muertos; y como si estas maravillas que viera ú oyera no hubiesen existido, no se han objetado con viveza al espíritu de María sino despues de muerto su hijo Jesus. Lo contempla oriundo en la eternidad entre los esplendores de los santos; y cuando, como águila real, ha remontado su vuelo hasta el Sol de justicia, le sale al encuentro un dardo cruel que la causa mortal herida. ¡Ay! Esta figura de la substancia divina; este candor de la eterna luz; este espejo sin mancilla, se encuentra envuelto entre los ropajes de la tumba, cubierto su rostro con un sudario, ligados sus piés y manos, y ennegrecido con sombras de muerte. Por más que quiera encumbrarse en sus vuelos esta inocente paloma, este pensamiento, cual aguda saeta, penetra en su alma, y la hace caer junto al sepulcro de su Hijo.

Abandonada á su propio desamparo, es su alma el blanco de mil saetas disparadas simultáneamente para herirla más y más. Ha visto en la vida de su Hijo realizadas las magníficas poesías que hicieran muchos siglos ántes su descripcion; todas sus grandezas son infinitas, mas todas han desaparecido por aquellos momentos con la realizacion de muchas ignominias, que tambien son infinitas. La grandeza de su entrada en el mundo ha sido eclipsada con el horrendo aparato del suplicio; las adoraciones de los Reyes de Oriente se han anonadado ante aquel rey de farsa que ha inventado la cohorte romana en el Pretorio; los milagros de su predicacion no son

nada desde que Jesus ha sido arrastrado á los tribunales como un asesino, tratado de sacrilego y acusado de revoltoso. El Rey de los siglos, el resplandor de la gloria, desaparece del espíritu de María, y no ve sino al gusano del pueblo, al desecho de la plebe, al objeto de la derision universal, al anatematizado por Dios y por los hombres, el que por fin se halla encubierto con la fria losa. Así es combatido el espíritu de la desconsolada Madre; las ideas se suceden unas á otras, causándola nuevos martirios, cumpliéndose en ella lo que decia de sí la antigua hija de Sion en su amarga soledad: *Posuit me quasi signum ad sagittam*. Soy yo el blanco de todas las saetas; han alzado los enemigos en derredor mio un muro, y me han rodeado de amarguras y de hiel. Me han colocado en lugares tenebrosos como á los que están muertos para siempre; me han llenado de amarguras, y me han abrevado de ajenjos; todos sus tiros han sido arrojados contra mí. *Possuit me quasi*, etc. Sí, amados míos; como las bocas de bronce se encruelecen vomitando fuego contra bastion opuesto, en que hallan resistencia, como le sucede y nutre el fuego enemigo, dándose el estampido de un disparo ántes que haya aún cesado el run run de los otros, causando á un tiempo ruinas, desastres, muertes, incendios y horror; del mismo modo se ve asediado y atacado el triste corazon de María en su amarga soledad.

¡Ah! Si al pavoroso aspecto de las tinieblas se añaden las ideas lúgubres que del silencio mismo van saliendo con fuerza aterradora, apenas hay espíritu humano que pueda resistir á sus fatales impresiones; los cabellos se erizan, el corazon se estremece, el cuerpo es bañado de un sudor frio, el alma se entrega á una mortal languidez. En tan triste desamparo, y sólo la presencia de un amigo, puede sostener el golpe funesto que con implacable furia caería sobre la cerviz del que es víctima de tamaña desgracia. Verse sólo en lóbrega noche despues de haber lle-

vado á la tumba al hijo ó al padre que adorábamos, es la situacion más horrible en que podemos vernos. Entónces, la misma fuerza de la desgracia causa en nosotros una especie de éxtasis; salimos de nosotros mismos; contemplamos fijamente las cualidades y dotes de nuestro amado; entramos en conversacion con él; oimos su voz; vemos su mismo rostro; palpamos su forma; y cuando queremos entregarnos á él del todo, advertimos ¡qué horror para un alma que ama! advertimos que aquello es una ilusion, que el objeto amado no existe, que cuanto hemos visto es una tumba, que la realidad desapareció para siempre. Dime si es verdad esto, esposa tierna; Tú, que á poco de haber unido tu suerte á la de tu apreciable consorte tuviste la desgracia! de perderlo; dime si es verdad, tú, hija única, que no vivias sino para agradar á tu progenitor, á quien viste espirar. ¡Ah! Cuando en la primera noche de vuestro duelo os hallábais arrodillada en vuestro aposento junto al lecho en que os dió la última mirada vuestro objeto amado, elevando al cielo vuestros votos y deseos, ¿no es verdad que por unos momentos vuestra imaginacion dió nueva vida al que era habitante de la region de la muerte? ¿No es verdad que lo oíais articular, que creíais verlo y tocarlo como si aún viviese á vuestro lado, hasta que sucedió á la impresionable imaginativa la calma y serenidad? Entónces vísteis por primera vez cuán horrible es la soledad; vísteis que realmente os hallábais desamparada; dirigísteis vuestros tristes acentos á la tumba, y no oísteis otra respuesta que la de vuestro propio eco; volvísteis á nombrar á vuestro objeto amado, y del fondo del mismo corazon, de entre las silenciosas sombras, salía una voz terrible, más aterradora que el rayo: esta voz os decia: «¡Murió, murió!» Y al ser heridos vuestros oídos con tan tristes ecos, caísteis, y no sobrevivierais sin el auxilio de una amiga y caritativa mano.